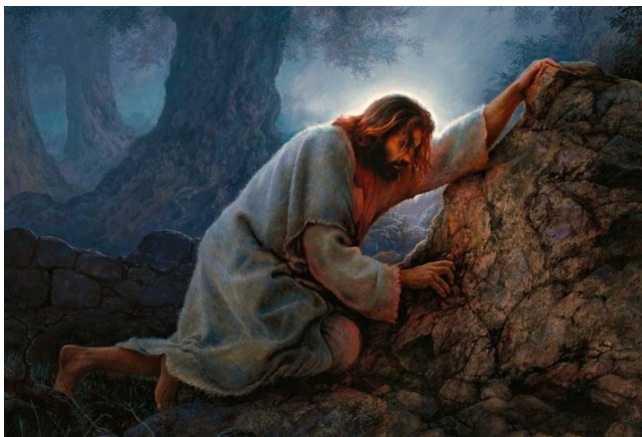


ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

No nos dejes caer en la tentación

Reflexiones sobre el Evangelio de Mateo 4, 1-11 (1^{er} Domingo de Cuaresma del Ciclo A – 1 de marzo de 2020)



Con el gesto de la imposición de la ceniza, el pasado miércoles, dimos comienzo a nuestro camino hacia la Pascua. La Cuaresma, como el Adviento, tienen una intencionalidad muy clara: disponernos para acoger el don de Jesús en nuestras vidas. Con la Cuaresma, en concreto, nos preparamos para vivir con hondura e intensidad el misterio más maravilloso de nuestra fe, la

Resurrección del Señor y el triunfo de la vida sobre las sombras de la muerte y del sin sentido.

El gesto de la ceniza, utilizado como signo de penitencia en el Antiguo Testamento y como un recuerdo de nuestra fragilidad humana: “acuérdate que eres polvo...”, lo seguimos utilizando para manifestar, ante Dios y ante la comunidad de los hermanos, nuestro deseo de recorrer, por una parte, el camino de la conversión para allanar todos los obstáculos que hacen que la vida, que resurge en la Pascua, pase de largo por nosotros y, por otra, el camino de una adhesión cada vez más honda a Jesús y su proyecto que es el Reino. De ahí la frase que se nos dice al imponernos la ceniza: “Conviértete y cree en el Evangelio”.

Cuando damos un paso al frente y decidimos hacer el camino de la conversión y de la construcción del Reino se ponen en evidencia nuestras incoherencias y nuestros lugares más vulnerables que, como diestros púgiles, quieren debilitar nuestros deseos de liberación y transformación: seremos tentados. Esta situación no fue extraña para Jesús. Él fue tentado a lo largo de toda su vida aunque los evangelistas las colocan al inicio de su ministerio público por la densidad interior de ese momento.

Seremos tentados...

No cabe duda, como lo decíamos arriba, que cuanto más nos queramos identificar con el proyecto de Jesús más fuerte será la tentación pues serán muchos los interesados en minar nuestra confianza y hacernos desistir del camino. Quisiera señalar dos clases de tentaciones que podemos sentir hoy:

Volver al Dios de la lejanía y del poder. A Jesús el tentador quería hacerle cambiar su modo de relacionarse con el Padre desde la ternura, el amor y la confianza. La frase con la que inicia la tentación es “si eres Hijo de Dios...” di a estas piedras que se conviertan en panes, tírate del alero del templo, etc. La relación con el Padre, como se la propone el tentador a Jesús, se basa en el poderío, en la fama y en la distancia que generan los poderosos a diferencia de la cercanía y la acogida que surgen del amor generoso del Padre.

Nosotros podemos sufrir esta tentación y volver a la imagen de un Dios lejano de la vida de las personas que se preocupa más por el cumplimiento de las normas que por la práctica de la misericordia. Podemos caer en esa tentación cuando cerramos nuestro corazón al diálogo al sufrir los primeros escollos en el camino de acercar el Dios del amor a los hombres y mujeres que lo han borrado de su memoria. Podemos caer en la tentación de alejar a Dios, de volverlo inaccesible, cuando nuestra palabra, nuestras celebraciones y nuestra forma de estar en el mundo se hace desde el poder, desde la exigencia y no desde el servicio humilde a todos. La tentación de relacionarnos con un Dios lejano y no con el Padre de la cercanía está ahí, no caigamos en ella y, aunque en muchos momentos signifique remar contra corriente, sigamos anunciando al Padre que tiene su corazón lleno de bondad y misericordia.

Vivir sin vivir. El segundo grupo de tentaciones nos llevan a vivir sin VIVIR. En el evangelio están señaladas por el dinero, el poder y la vida fácil. Hoy algunas de esas siguen vigentes pero hay otras que nos están llevando a vivir sin un horizonte de sentido que vaya más allá de la superación del día a día.

El tener. Al parecer esta tentación es tan fuerte como las cucarachas. Ha resistido siglos y seguimos arrojándonos en sus tentáculos. Dejar de colocar nuestra confianza en el dinero y en nuestras posesiones sigue siendo una tarea pendiente para poder ser hombres y mujeres auténticamente libres.

La superficialidad y la frivolidad. No creo ser un “cura mojigato”, que se escandaliza por todo y que va pregonando con quejidos que “ahora no es como antes...” Reconozco los avances de la humanidad y no pocos logros en orden a la libertad interior y al reconocimiento de los derechos de todas y todos, sin embargo, he de reconocer que una de las grandes tentaciones de las sociedades modernas es la superficialidad que convierte en paradigmas de formación y de buen vivir algunas expresiones que, por su calado, no son más que estrellas fugaces en el universo.

El silencio cómplice. Creo que es otra tentación que se nos va colando por las venas. En aras del respeto o de la comodidad (¡para qué complicarnos la vida!) callamos haciéndonos cómplices de situaciones que afectan los valores más hondos como la justicia, la verdad, la honestidad o la libertad.

Seremos tentados... pidamos la gracia de no caer en ellas.